

Descubriendo al General

*A los amigos de mi amigo
Omar Torrijos en Nicaragua,
El Salvador y Panamá*

*«Me voy, pero retorno.
Quisiera ser el piloto de las
tinieblas y el ensueño»*
ALFRED, LORD TENNYSON

Preámbulo

I

Cuando en agosto de 1981 tenía preparada ya la maleta, dispuesto a emprender mi quinto viaje a Panamá, me dieron por teléfono la noticia de la muerte del general Omar Torrijos Herrera, mi amigo y anfitrión. La avioneta en la que volaba hacia una casa que poseía en Coclesito, en las montañas de Panamá, se había estrellado y no había supervivientes. Pocos días después, la voz de su jefe de seguridad, el sargento Chuchu, alias de José de Jesús Martínez, ex profesor de Filosofía Marxista en la Universidad de Panamá, profesor de Matemáticas y poeta, me aseguraba:

—Había una bomba en la avioneta. Sé que había una bomba en la avioneta pero por teléfono no puedo decirte por qué.

En aquel momento se me ocurrió la idea de escribir un breve recordatorio personal basado en los diarios que había ido redactando durante los últimos cinco años, a modo de tributo a un hombre que, durante ese tiempo, había aprendido a querer. Pero, tan pronto como hube escrito las primeras líneas, a renglón seguido del título *Descubriendo al General* comprendí que, durante esos cinco años, no sólo había llegado a conocer al general sino también a Chuchu, uno de los pocos hombres de la Guardia Nacional que gozaba de la confianza absoluta del general y, asimismo, a aquel pequeño país, pintoresco y hermoso, dividido en dos por el Canal y la Zona Americana, un país que, gracias al General, había alcanzado una importante práctica en la lucha por la liberación que tiene lugar en Nicaragua y El Salvador.

II

Cuando escribía los párrafos finales de este libro, un amigo me preguntó:

—Me gustaría saber a qué se debe ese interés que siempre has mostrado por España e Hispanoamérica. *El Poder y la Gloria* tiene lugar en México, *Viajes con mi tía* en Paraguay. En Cuba *Nuestro Hombre en La Habana* y Argentina en *El Cónsul Honorario*. Visitaste al presidente Allende, en Chile y acabas de publicar *Monseñor Quijote...*

Se trataba de una pregunta sumamente difícil, porque la respuesta residía en la caverna abismal del inconsciente. Mi interés databa de mucho antes de mi visita a México en 1938, cuyo objetivo era informar sobre las persecuciones que allí tenían lugar. La segunda novela que me fue publicada y que apareció en 1934, *Rumour at Nightfall*, tenía como fondo las guerras carlistas, aun cuando en la época en que la escribí había pasado sólo un día en España, a los dieciséis años. Por entonces visité La Coruña navegando en un barco de líneas regulares que hizo escala en Vigo en su travesía a Lisboa. Iba acompañando a tía Eva, que se dirigía a Lisboa. Pensaba reunirse con su marido, que regresaba de Brasil, donde poseía una compañía cafetera. Una vez en Vigo propuse a mi tía visitar la tumba del general Sir John Moore, con quien nos unían lejanos lazos familiares, muerto durante la famosa retirada frente a los franceses hasta La Coruña, donde fue enterrado «con el mayor de los secretos en el profundo silencio de la noche, con nuestras bayonetas removiendo la tierra», inmortalizado por el único poema del que se tiene recuerdo de un sacerdote irlandés, el padre Charles Wolfe. Transcurrieron casi sesenta años antes de que volviera a visitar la tumba en la que están grabadas esas líneas, y ya en mi mente la idea de *Monseñor Quijote*.

Rumour at Nightfall era una novela muy mala que jamás quisiera ver publicada de nuevo, pero mi interés por escribir sobre cosas españolas se remontaba aún más lejos.

—Existe una novela —le dije a mi amigo— que empecé a escribir a raíz de abandonar Oxford y para la que, afortunadamente, jamás encontré un editor que la publicara. Se titulaba *The Episode*. Estaba leyendo la única obra de Carlyle que jamás fui capaz de terminar, la vida de un supuesto poeta fracasado de nombre John Sterling, quien, siendo aún muy joven, se vio mezclado con refugiados carlistas en Londres. Tengo aquí, en mi estantería, la primera edición. La encontré en Chichester hará unos doce años y pagué por ella diez chelines, pero nunca la he vuelto a leer. Cogí el libro, editado en 1851, y lo abrí por el Índice de Materias. Y entonces leí: «Primera Parte. Capítulo Octavo. Torrijos». El nombre de Torrijos destacaba en la página semejante a una señal del más allá.

Empecé a leer de nuevo todo cuanto se refería a aquellos infortunados españoles con los que se había visto envuelto Sterling y mi joven héroe imaginario. «Figuras majestuosas y trágicas, orgullosos pese a sus harapos. Recorriendo, en su mayoría con gesto hermético, las anchas aceras de Euston Square y los alrededores de la nueva iglesia de San Pancracio.» Seguí leyendo: «El jefe reconocido de todos aquellos pobres exiliados españoles era el general Torrijos, hombre de alto linaje y fortuna, todavía en su plenitud física, y que en aquellas circunstancias desesperadas se negaba a dejarse abatir por la desesperanza».

El general Torrijos que yo había aprendido a querer había muerto en la plenitud de su vida y yo había estado cerca de él en las circunstancias desesperadas que había tenido que sufrir, las difíciles etapas de las interminables negociaciones con los Estados Unidos sobre el Tratado del Canal de Panamá y el decepcionante resultado. También él se había negado a sucumbir a la desesperanza e incluso llegó a considerar seriamente la posibilidad de un enfrentamiento armado entre su minúsculo país y la gran potencia ocupante de la Zona.

Pero ¿por qué ese interés mío a lo largo de tantos años por España e Hispanoamérica?, seguía insistiendo mi amigo. Tal vez la pregunta resida en el hecho de que, en esos países, la política rara vez significa una mera alternativa de partidos políticos rivales, sino que siempre ha sido una cuestión de vida o muerte.

III

En 1976 yo tenía escasos conocimientos sobre la historia antigua de Panamá. Al independizarse de España a principios del siglo XIX, Panamá optó por unir su suerte a la de Colombia, que por entonces era bastante más grande de lo que es ahora. En el siglo XX la República de Panamá se convirtió en algo totalmente distinto. Fue la creación personal de Theodore Roosevelt, quien estaba resuelto a que, bajo la protección y la propiedad virtual de los Estados Unidos, llegara a hacerse realidad el sueño de Lesseps de un canal que uniera los océanos Atlántico y Pacífico, empresa que, al cabo de diez años de trabajos, había resultado un desastre financiero. En la época del fracaso de Lesseps, Panamá era todavía una provincia de Colombia, separada de ella, como aún sigue estándolo, por montañas y la selva, sin carretera alguna que las una. El objetivo de los Estados Unidos fue el de lograr que Panamá se convirtiera en un estado supuestamente independiente, ya que las negociaciones con Colombia sobre los derechos del Canal se prolongaban de manera indefinida, llegando finalmente a un punto muerto.

En consecuencia el 13 de junio de 1903 el *New York World* publicó, con la aquiescencia de la Casa Blanca, un extraordinario comunicado anunciando una rebelión que aún no había tenido lugar.

En esta ciudad se ha recibido información de que el Estado de Panamá, que abarca toda la Zona del Canal, está dispuesto a independizarse de Colombia y a firmar con los Estados Unidos un Tratado sobre el Canal.

En el caso de que el congreso colombiano no ratifique el Tratado sobre el Canal el Estado de Panamá se declarará independiente, estableciéndose un gobierno republicano. Se dice que es un plan de fácil ejecución considerando que en el Estado de Panamá sólo hay destacado un centenar de soldados colombianos.

Desde luego pudo ser llevado a cabo con toda facilidad, con el resultado de que Panamá quedó sometida al gobierno personal de la familia Arias y de la oligarquía relacionada con ella, situación que perduró durante más de medio siglo en beneficio, de manera casi absoluta, de los Estados Unidos.

Finalmente la rebelión, si así puede llamarse, fue organizada por un ingeniero francés, Busau-Varilla, un rezagado de la fracasada empresa de Lesseps. Con la ayuda del doctor Amador, que pertenecía a la compañía del ferrocarril de construcción americana para unir el Atlántico con el Pacífico, esta circunstancia fue clave en todo aquel asunto porque, cuando Colombia se dio cuenta de lo que se tramaba, envió a Colón, en el Atlántico, un destacamento de refuerzos compuesto por doscientos hombres. Los directores del ferrocarril, después de hablar con el doctor Amador, alegaron no disponer del material suficiente para el transporte de tantos hombres a Ciudad de Panamá. Todo cuanto podían hacer era poner a disposición del general colombiano Tokar, de sus ayudantes y esposas un tren especial. De aquella manera fueron cómodamente transportados hasta el Pacífico, aislados completamente de sus tropas. Se les dio una calurosa acogida y un almuerzo excelente, siendo escoltados a continuación hasta la prisión.

Las tropas habían desembarcado el 2 de noviembre de 1903 y el 6 del mismo mes los Estados Unidos reconocían a la República Independiente de Panamá. El primer Tratado sobre el Canal, que establecía un arriendo irrisorio basado en el peaje, fue firmado en Washington por el Secretario de Estado norteamericano Hay y el francés Busau-Varilla. Consideraron innecesaria la firma de un panameño.

El Tratado, que, de manera intermitente, enturbió las relaciones entre Panamá y Estados Unidos desde 1903 hasta 1977, concedía a perpetuidad a éstos autoridad y derechos absolutos sobre la Zona del Canal «tal como si tuvieran soberanía sobre el territorio». Y aun cuando podría decirse que Panamá, mediante ese misterioso «si», conservaba la soberanía nominal, todo panameño que viviera o trabajara en la Zona se encontraba sometido a la ley norteamericana, así como a ser juzgado en los Estados Unidos, y

ello hasta la firma del nuevo Tratado en 1977. En muchos puntos era posible entrar en la Zona con sólo pasar de una acera a otra de la calle. Pero si quien lo hacía era panameño tenía que andar con extrema cautela porque, de verse implicado en cualquier infracción de circulación en el lado equivocado de la calle, sería juzgado por un tribunal estadounidense de acuerdo con las leyes de los Estados Unidos.

El Canal quedó terminado justo antes de estallar la Primera Guerra Mundial. Se convirtió en deber ineludible de todo presidente panameño formular una protesta contra las condiciones de ese Tratado, que había sido firmado por un francés sin autoridad alguna, en nombre de una autoelegida junta, aunque bajo el gobierno de la familia Arias —Tomás Arias había sido miembro de la junta original— dicha protesta fue pura fórmula y así era considerada por los Estados Unidos. Finalmente fueron las manifestaciones en la calle, y no el Gobierno panameño, las que obtuvieron algunas pequeñas concesiones.

En 1959 y a raíz de graves desórdenes, el presidente Eisenhower aceptó que la bandera panameña ondeara junto a la estadounidense en el punto donde se unían la Zona y el Estado Libre de Panamá. Como consecuencia de manifestaciones hostiles se habían colocado alambradas a lo largo de parte de la Zona. Luego, en 1961, el presidente Kennedy se mostró de acuerdo en que la bandera panameña ondeara en la Zona allí donde se encontrara izada la estadounidense. En los hospitales, en las oficinas de la Zona y en las esclusas del canal. Durante más de medio siglo de negociaciones sólo se había conseguido esa mínima concesión al orgullo nacional, y aun así las autoridades de los Estados Unidos. restaron importancia a esa victoria al ordenar que en las escuelas de la Zona no ondeara bandera alguna.

Pero un día de 1984 los alumnos de una escuela de secundaria estadounidense izaron la bandera de la Unión y doscientos panameños entraron en la Zona para hacer ondear junto a ella, según lo acordado, su propia bandera. En la reyerta posterior destrozaron la bandera panameña. Entonces fue cuando los panameños hicieron patente ante su propio y pacífico gobierno toda la violencia de que eran capaces. Derribaron la cerca fronteriza, asaltaron

la estación de ferrocarril de Ciudad de Panamá, enclavada dentro de la Zona, entraron a saco en los comercios y los desórdenes se extendieron por todo el país hasta Colón, en el Atlántico. Lanzaron a la calle a las fuerzas de la Infantería de Marina y en los tres días de lucha que siguieron murieron dieciocho panameños, en su mayoría del barrio pobre de El Chorillo, donde sería rebautizada la calle principal de Ciudad de Panamá con el nombre de Avenida de los Mártires. La Guardia Nacional no tomó parte alguna en todo ello, pues habían sido acuarteladas las tropas.

Podía decirse que el pueblo panameño había logrado una especie de victoria. Un año después el presidente Johnson anunció que sería abolido el viejo Tratado y que se iniciarían negociaciones para el establecimiento de uno nuevo y más justo. Pero once años después, en 1976, cuando por vez primera fui invitado a visitar Panamá, aún proseguían las negociaciones. Sin embargo, los líderes de Panamá habían cambiado. En 1968 dos jóvenes coroneles de la Guardia Nacional, Torrijos y Martínez, habían embarcado al presidente Arias en un avión con destino a Miami, tomando el poder. Al año siguiente el derechista coronel Martíne, se vio conducido de forma similar hasta un avión en dirección a Miami. El coronel Torrijos se había puesto al frente de la Guardia Nacional y nada volvería a ser ya como antes.

Primera Parte (1976)

I

En el invierno de 1976, estando yo en Antibes, recibí un telegrama de Panamá firmado por un tal señor V., nombre que me era totalmente desconocido, que me dejó sorprendido y desconcertado. Se me comunicaba que el general Omar Torrijos Herrera me había invitado, en calidad de huésped, a visitar Panamá, y que me sería enviado un billete de avión de la compañía aérea que yo eligiese.

Hasta hoy desconozco el motivo que pudo impulsar al General a enviar dicha invitación, pero no vacilé un solo instante en aceptarla. Me había olvidado completamente de aquel general Torrijos que tan cerca estuvo de comprometer a John Sterling en una peligrosa empresa, pero sí sabía que Panamá había rondado con persistencia mi imaginación, aún más que España. De niño había presenciado una espectacular obra de teatro escrita por Stephen Phillips en la que podía verse a Drake, en el gran escenario de Drury Lañe, atacando un cargamento arrastrado con gran realismo por una recua de mulas, a su paso por la ruta del oro desde Ciudad de Panamá hasta Nombre de Dios. Y me sabía de memoria gran parte del poema, bastante mediocre, *Drake's Drum*¹ de Newbolt:

Drake está en su hamaca a mil millas de distancia
(¿está durmiendo ahí abajo, capitán?),
meciéndose en las profundidades de la Bahía Nombre de Dios...

¿Qué podía importar que el poema de Newbolt fuera inexacto y que el cuerpo de Drake se hundiera en el mar en la Bahía de Portobelo, a sólo unas millas de Nombre de Dios?

¹ El Tambor de Drake.

Para un chiquillo la atracción de la piratería se situaba en Panamá y en la historia de cómo Sir Henry Morgan atacó y destruyó Ciudad de Panamá. Y ya con más años leí sobre el desastroso asentamiento escocés en la linde de las densas selvas de Darién, que aún hoy día siguen siendo en su mayor parte intransitables e inmutables.

Cierto día, en la ciudad de David, observé que un agente de seguridad negro llevaba inscrito en la camisa el nombre de Drake.

Divertido, le pregunté:

—¿Es acaso descendiente de Sir Francis Drake?

—Tal vez, señor —repuso con ancha sonrisa complacida.

Y entonces le recité parte del poema de Newbolt.

En aquel momento me dije:

—Al fin lo he logrado. Realmente me encuentro aquí, en Panamá.

Para entonces ya había comprobado que la ruta del oro casi había desaparecido y pronto visitaría Nombre de Dios, que ya no era más que una aldea india sin acceso alguno, siquiera en mula. Pero yo me encontraba extrañamente familiarizado con aquel pequeño y lejano país de mis sueños, como nunca me había sentido antes en ningún otro país de América Latina. Al cabo de un año, parecía absolutamente natural que viajara a Washington con pasaporte diplomático panameño, como miembro acreditado de la delegación panameña para la firma del Tratado sobre el Canal con los Estados Unidos. Una de las grandes cualidades del general Torrijos era su sentido del humor.

II

Después de enviar mi respuesta consulté con mi amigo Bernard Diederich, a quien conociera en Haití y la República Dominicana. Por entonces era corresponsal del *Times* en Centroamérica. En su contestación me advirtió que tuviera cuidado con el señor V,

quien era al parecer uno de los consejeros del General, y me propuso trasladarse desde México City, donde ahora vivía con su mujer haitiana y sus hijos, para reunirse conmigo en Panamá.

Decidí volar desde Ámsterdam directamente a Panamá, con el fin de evitar el trasbordo de aviones en los Estados Unidos, donde solía tener dificultades con mi visado. Entonces no podía siquiera imaginar hasta qué punto me familiarizaría con aquella larga ruta de más de quince horas: desde Ámsterdam a Ciudad de Panamá con tres escalas.

Por vez primera en muchos años desde que quedé sobresaturado de viajes por aire a África, Malasia y Vietnam, sentí de nuevo la sensación de aventura. ¿Por qué si no habría tomado notas triviales en un diario desde el momento de mi llegada a Ámsterdam?

Yo conocía bastante bien la ciudad desde 1946, cuando solía ir allí, en mi papel de editor, a comprar papel inglés que había sido exportado desde Inglaterra, donde estaba racionado. Necesitábamos urgentemente ese papel para publicar nuestros «bestsellers», la Biblia y las novelas de cierta dama inglesa, Mrs. Parkinson Keyes, cuyos libros me parecían absolutamente ilegibles. Por aquellos días, pagaba las cuentas de mi hotel, al menos en gran parte, con cigarrillos que pasaba al barman del Hotel Amstel. Menudeaban las cenas suculentas y bebía ginebra «Bols» en abundancia con los impresores y sus esposas. Pronto descubrí que el gesto más amistoso consistía en dar una palmada en el trasero a mi anfitriona cuando tomaba asiento.

El aeropuerto Schiphol es, sin discusión, uno de los más confortables del mundo. En el vestíbulo de entrada hay prácticamente un sofá para cada pasajero, y tres joyerías (una de las cuales se anuncia en japonés) contribuyen al ambiente de ocio y lujo. Gracias al general Torrijos me encontraba viajando en primera clase, gozando así del privilegio de instalarme en el salón «Van Gogh», con sus cómodos butacones y el abundante y bien servido bufé. Llegué incluso a disfrutar con las varias horas de espera y cuando al fin subí a bordo del avión me sentía excepcionalmente feliz, sobre todo teniendo en cuenta que prefiero la «Bols» a cualquier otra ginebra.

—¿«Bols» reserva o normal? —me preguntó una azafata tan pronto como hubimos despegado.

—¿Cuál es la mejor?

—No lo sé, pero mi padre, que tiene más o menos su edad, prefiere la normal.

Probé las dos y no pude por menos de sentirme en desacuerdo con su padre. Así que me mantuve fiel a la vieja «Bols» durante todo el vuelo hasta Panamá.

Me sentía cada vez más excitado y embargado por una impresión de diversión y aventura que jamás sintiera cuando volaba hacia la guerra francesa en Vietnam, a la Emergencia de Malasia, a la rebelión del Mau Mau en Kenia o a la colonia de leprosos en el Congo. Aquéllos fueron días muy difíciles, este viaje no lo era. Me daba la sensación de una aventura más bien cómica, inspirada por la invitación de alguien a quien no conocía en absoluto, y que me había caído como llovida del cielo.

Es fácil sentir miedo, pero la sensación de diversión no es frecuente cuando empieza a apuntar la vejez, de manera que ya me sentía terriblemente agradecido al general Omar Torrijos. Como más tarde supe, su título en Panamá era el de Jefe de la Revolución y era el auténtico gobernante del país. Por lo que me fue posible deducir durante mi primer viaje, el único privilegio de que disfrutaba el Presidente era una plaza de aparcamiento reservada para su coche en el Hotel Panamá.

Sin embargo, aquella sensación de diversión se esfumó a la llegada. Dos forasteros muy corteses me recibieron en el aeropuerto y me dijeron que el dudoso señor V. estaría uno o dos días en Nueva York, pero que su coche estaba a mi disposición. Me condujeron al Hotel Panamá, que ahora desafortunadamente ha cambiado el nombre por el de Hilton, y me abandonaron en un dormitorio de dieciocho metros de largo, distancia que me dediqué a recorrer una y otra vez. Diederich no había acudido a recibirme y me sentía muy solo, ya que mi vocabulario español era demasiado reducido para poder comunicarme. Hacía ya casi cuarenta años que en México había sido capaz, al cabo de veinte lecciones en la Berlitz, de manejar el presente, pero tanto el futuro como el pasado escapaban a mi capacidad. Pero ahora casi tenía

ya olvidado hasta el presente. Empezaba a sentir cierta timidez frente a aquel misterioso general que era mi anfitrión y me sentía más bien estúpido en aquella inmensa habitación.

Retrasé mi reloj y, como en Panamá era la hora del desayuno y yo había almorzado ya en el avión, intenté dormir. Me despertó el chófer del señor V. Como no hablaba palabra de inglés le dije, mostrándole los números en mi reloj, que volviera a las 2.30, hora de Panamá. En el aeropuerto me habían informado que Diederich llegaría procedente de México a la una. El chófer apareció puntual a las 2.30 pero Diederich seguía sin aparecer. Dije a aquel hombre que volviera al día siguiente a las diez. Me sentía abatido. Se había esfumado toda sensación de aventura y en cuanto a diversión... Empecé a aborrecer aquella descomunal habitación.

A las 3.30 bajé al salón y pedí lo que creí que sería un ponche de ron, bajo el lento girar de las paletas de un ventilador, pero lo que me sirvieron no tenía ni gota de alcohol. En la costa del Pacífico de Panamá no acostumbran a beber ponches de ron y, de cualquier forma, más adelante descubrí que no había utilizado el nombre adecuado. Solo el «ponche plantador» contiene algo más fuerte que un simple aroma. A las cuatro seguía sin haber rastro de Diederich e intenté en vano dormir. ¿Por qué habría dejado mi casa y mis amigos en Antibes para trasladarme a Panamá, donde las horas avanzaban con tanta lentitud, aunque ya retrocedían?

Alrededor de las cinco cambió completamente el panorama y las cosas mejoraron. Llegó Diederich. Había pasado más de diez años desde que recorriéramos juntos la ruta fronteriza (sólo en los mapas aparecía aquello como carretera internacional), entre el Haití de Papa Doc y la República Dominicana, que yo necesitaba conocer para poder acabar mi novela *The Comedians*. Juntos también visitamos a los guerrilleros haitianos alojados en un manicomio abandonado que les cediera el gobierno dominicano.

Los años no habían hecho mella en Diederich. Bebimos whisky y chismorreamos, aunque tampoco él pudo arrojar luz alguna sobre el motivo que indujera al General a invitarme, pero al menos contribuyó a hacer menor mi ignorancia. Me dijo que el señor V. era un antiguo colaborador de Arias y que no se fiaba de él. Cuando los dos jóvenes coroneles de la Guardia Nacional acabaron con

casi medio siglo de gobierno de la familia Arias, embarcando al Presidente en un avión con destino a Miami, el señor V. se había quedado en Panamá. Incluso, una vez que el derechista coronel Martínez fuera enviado al mismo «Valle de los Caídos», el señor V. sobrevivió. Había, desde luego, más supervivientes. Al parecer Torrijos no era hombre capaz de hacer una limpieza a fondo. Carecía de trabas ideológicas. Había un periodista, por ejemplo, frente al que convenía mostrar una extrema cautela ya que era otro de los hombres de Arias. Diederich me dio una perfecta semblanza física del individuo: bajo y fornido, de temperamento bonachón que reía por cualquier motivo. Así pude reconocerle al día siguiente cuando apareció tal como era de esperar.

La charla derivó a la situación política.

—¿Qué tal andan las negociaciones sobre la devolución de la Zona del Canal?

—Bueno, siguen a paso de tortuga. El General empieza a impacientarse y lo mismo les ocurre a los estadounidenses de la Zona.

El cabecilla de los agitadores americanos, un policía llamado Drummond, aseguró que habían volado su coche con una bomba y durante tres noches encabezó una manifestación en contra de cualquier negociación.

Sonó el teléfono. Era uno de los dos individuos que acudieran a recibirme al aeropuerto. Me dijo que el General tenía intención de visitar al día siguiente cierto lugar en el interior del país. ¿Me gustaría acompañarle? Le pregunté si podría llevar conmigo a mi amigo Diederich. Era evidente que quien me hablaba conocía el nombre y pareció mostrarse dubitativo, como si desconfiara del corresponsal del *Time*. No obstante dijo que lo preguntaría. Minutos después telefoneó de nuevo. «El señor Greene es nuestro invitado. Puede traer a quien quiera», había dicho el General. Un coche vendría a recogernos a las diez de la mañana siguiente.